

La realidad de Sofía

La Línea Noroeste del país posee pueblos con campos pintorescos. Uno de ellos, La Yagua, con gente buena que intercambian platos de comida al medio día; pueblo sin acueducto, con un sol ardiente, tan ardiente que quema. Con un lindo atardecer, le circunda el río Yaque del Norte y es notorio mirar a las mujeres cargando agua de los pozos para llevarla a sus casas y vaciarla en tanques. Allí se conocen todos.

Tiene calles sin asfalto, un parque; niños que van a la escuela primaria dirigida por la maestra más arcaica y veterana del pueblo, pero llena de virtudes, que promueve una enseñanza tradicional, a quien todos respetan y admiran: doña Buba. Tiene varios hijos y dos de ellos decidieron dejar atrás las tradiciones para dedicarse a bailar ritmos modernos, a beber romo, tener muchos amoríos y hasta embarazar las muchachas más lindas, fieles devotas de la iglesia.

Mirian N. Domínguez

Máster en Derecho Marítimo, de la Universidad APEC (Unapec); Máster en Ciencias de la Educación, mención Enseñanza de las Ciencias Jurídicas, de la Universidad de Camagüey, Cuba. Posgrado en Derecho Civil, de la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD); Postgrado en Derecho del Comercio Internacional, de la Unapec. Licenciatura en Derecho, de la UASD; Licenciatura en Ciencias Políticas Estudios Internacionales, de la UASD. Estudios Superiores en Ciencias Pedagógicas, Mención Enseñanza de las Ciencias Jurídicas, Universidad de Camagüey, Cuba. Especialidad en Derecho Civil, de la UASD.

En el ámbito laboral se desempeña como vicepresidente de la Oficina Jurídico-Financiera Bralpa SRL, y como consultora jurídica de algunas cooperativas; también como profesora contratada en el Decanato de Derecho de Unapec. Es autora del libro "Poemario bordados de mi vida", inédito.

Con un liceo al que asisten los privilegiados que logran salir de la escuela básica: son los jevitos que visten bien, hablan bonito y se aprendieron algunas frases de un político. Igual leen los misterios en las misas de los sábados en la noche y los domingos a las 7:00 a.m. Existe un pequeño hospital en el que atienden a todos, donde el único médico de turno les receta el mismo calmante y les coloca la misma inyección.

La Yagua es extensa en ignorancia, sus habitantes son incultos. Aunque muchos saben leer y escribir con dificultad, desconocen las fechas patrias y hablan incorrectamente; pero hay que reconocer sus bondades, solidaridad y sobre todo, cómo se protegen ante los atropellos policiales cuando realizan huelgas buscando reivindicaciones. Sí, porque demandan maestros que sepan enseñar, que no enamoren sus alumnas y se emborrichen junto a sus estudiantes (varones) en los prostíbulos.

Sus barrios cargados de tristeza, desolación y atraso tienen un atractivo que se manifiesta a partir de las noches: las barras, bares y cafeterías repletas de gente que se emborracha y baila (quemando). En su mayoría, esa gente (varones y hembras) procede de familias con padres dedicados a la agricultura, que tienen otra mujer y más hijos que esperan ansiosos los sábados para vestir la mejor remúa e irse a los cabarés a beberse el dinero obtenido de su trabajo durante la semana. Ese es el aprendizaje que obtienen los hijos en su casa.

En el Barrio Sur vivía Sofía: analfabeta caracterizada por llegar a cualquier casa de La Yagua a pedir comida, ropa, o lo que fuera, e irse. Una persona nómada, que salía de su casa y volvía a cualquier hora, para recorrer parte del pueblo; y su madre, Japonesa, no se preocupaba y decía: "¡Uuuhh! Sofía es loca, pero no pasa hambre, todos le dan comida, ropa, y hasta ron le dan los tígueres (tigres); se acuestan con ella y le dan sus pesitos que sirven para nosotros comer".

Eso, porque Japonesa tenía otros hijos: Camarón, Niña, Moreno y Ubí, todos de padres distintos. Sofía se enamoraba fácilmente y con frecuencia, cuando llegaba a una casa a pedir, cualquier persona podía entablar conversación con ella; entre ellas se destacaba Rosita, que un día le preguntó:

–Sofía, ¿tienes novio?

Y sin pensarlo, ésta respondió:

–Tú sabe que sí.

–¿Quién es? –dijo Rosita–.

–Tú sabes –le dijo Sofía, quien indiferente comía una paleta roja–.

–No, no sé –afirmó Rosita–.

–Tú sabe que es Santito –dijo Sofía con la boca llena de risa–.

Santito era un vago borrachón, con anhelos de irse a New-York. Era su primo, hijo de un hermano de su mamá, gente que no se juntaba con Japonesa y sus hijos, que se avergonzaban de ellos por su ignorancia y pobreza, porque tenían

una vida diferente a Sofía y los suyos, con entornos diferentes.

Sofía desapareció por un tiempo, y todos extrañaban no verla. Pero Vicky, una muchacha de mucha edad, con dientes grandes que apenas le permitían cerrar la boca y que no se había casado, estaba atenta a lo que hacía cada quién en el barrio. Aprovechó un encuentro con Japonesa, se puso a hablar con ella sentadas junto a otras personas bajo una mata de mango que había en la calle, donde todos se sentaban después de comer para tomar fresco cuando hacía un poquito de brisa. Vicky dijo a Japonesa con una risa burlona:

–Y Sofía, ¿apareció?

–No –dijo Japonesa– debe estar con algún tíguere (tigre). Y yo qué sé –respondió, mirando un lagarto largo y flaco en el suelo–.

Era inentendible y doloroso observar la falta de preocupación demostrada por la madre de Sofía. No sabía el tiempo que ésta tenía fuera de su casa y así pasaron los días con reuniones del grupo de mujeres debajo de una mata que ni siquiera paría un mango, pero con un tronco que expresaba la antigüedad de este. Eran tardes de calor, de mucho polvo por aquel suelo lleno de hojas secas de un árbol que languidecía con el tiempo.

En un día de mayo en que cayó mucha agua desde el amanecer, las nubes cada vez desprendían más agua y las calles se llenaban de fango. Allá a lo lejos, a paso lento se acercaba una figura mojada por la lluvia, con un vestido rojo, ajado,

sosteniendo algo en su mano derecha. Era Sofía que regresaba al Barrio Sur, de La Yagua; descalza, con los zapatos rotos en la mano, sin nadie que la fuera a recibir, con cara de tristeza y mucho dolor. Estaba flaca, con un mal olor a alcohol trasnochado y falta de aseo personal.

Fueron dos días de lluvia sin parar, mojándose la tierra; en cada casa se llenaron tanques, latas y tinajas y se recogió agua de lluvia para beber, cocinar, limpiar y lavar. Poca gente del pueblo sabía del regreso de esa muchacha al barrio donde nació y creció; hasta que, al tercer día, cuando dejó de llover, todos vieron a Sofía que a cada persona del barrio decía:

–Yo toy preñá, dame qué comer que ete muchacho tiene que nacer. Tengo que darle de comer.

Con Sofía ya en el barrio, todos esperaban que llegaran las tardes para sentarse con ella en el suelo debajo de aquella mata de mango. Ella miraba cómo era abundante la llegada de mujeres y hombres que se sumaban debajo de aquel árbol, para aliviar el calor y con ella hablar. Fue Vicky, a quien Sofía llamaba la “quedá”, que le preguntó:

–Vamos, dinos Sofía, ¿dónde estabas tú?

Y esta respondió:

–No te meta conmigo, quedá. Porque yo taba en un cabaré.

–¿Y quién es el papá de esa barriga?

–A ti no te importa, quedá –respondió– eta panza e mía.

Seguían las reuniones todas las tardes y el embarazo de Sofía avanzaba: era como si cada uno formara parte de este, porque su casa pequeña se llenó de pañales, zapatitos, yaquesitos y hasta un gorrito, sin olvidar la cunita pequeña con su mosquitero. Fue así como, la madrugada que parió, se llenó la casa de gente. Ella lloraba llamando a cada uno y se le abrazaba diciendo: "Me voy a morir, me voy a morir". Y la comadrona decía: "Puja, puja, puja sin parar que ya ese muchacho va a salir".

Nació un niño y la comadrona, cortándole el cordón umbilical, exclamó: "Hay que alimentarlo bien para que se pueda criar. Sofía pidió que lo declararan con el nombre de Juan de Dios, para que todos lo bautizaran y le agarraran un piecito, un dedito o una manita; que lo tocaran para que todos fueran padrinos y madrinas. Juan de Dios apenas sobrevivió dos meses, y el día que falleció había un barrio entero triste, llorando junto a Sofía. En el camposanto, esta mujer se me acercó y dijo:

—Acabo de enterrar a mi hijo Juan de Dios y a ti te voy a decir: no sé quién es su papá, porque cuando taba en el cabaré tenía que acotarme con tantos hombres en una sola noche y algunas veces me pagaban, pero un grupo siempre se iba sin pagarme, y al sufrir tanto no podía gritar delante de nadie, porque si lo hacía no me daban la comida que yo pagaba... Me emborrachaban y tenía que bailar desnuda y un tipo que bailaba conmigo una noche me quitó la ropa en la pista delante de todo el mundo, se quitó la correa y cada vez que me daba una vuelta,

porque estábamos bailando salsa, me daba un correazo. Y nadie me defendió, ni siquiera el chulo que tenía que mantener y me daba golpe diario; tampoco el maipiolo que me buscaba tíguere me defendió, y no me quitó la vida porque taba preñá. Por eso toy feliz, porque mi hijo tá con Dios, fue mejor que se muriera, para que no fuera como yo.

Llorando Sofía repetía: "Fue mejor que se muriera pá que no fuera igual a ese hombre que me empreñó, porque no sé quién fue y es mejor que sea un angelito que tá con Dios".

A ti Sofía jamás te volvimos a ver, pero tu realidad es la de muchas mujeres hoy.

